

Imágenes nacionales

A través de la literatura, del cine, de la historia o del anecdotario de viajes que se ha ido acumulando, solemos dar a los diferentes países características que nos parecen inamovibles. Basta que mencionemos una nacionalidad para que de inmediato una imagen prefijada se nos imponga. Muchos protestan por ella y se sienten víctimas de esas imágenes.

Una amiga sueca me decía: "Basta que se sepa mi nacionalidad para que hayan hombres que se sientan de inmediato tentados a hacerme proposiciones, mientras que las mujeres me miran con recelo. Los latinos piensan que las mujeres suecas han llevado su liberalidad de costumbres a límites tales que viven en una permanente orgía sexual. Nada más falso. Las suecas amamos igual que las mujeres de cualquiera otra nacionalidad, nos respetamos, somos tan fieles a nuestra pareja como cualquiera otra mujer del mundo".

Al oírla, recuerdo una película italiana llamada "Las suecas" que, en el hecho, expresaba lo mismo que mi amiga: un grupo de italianos hace una excursión a Suecia, creyendo que, llegando, tendrían a todas las mujeres a sus pies y en sus camas, sólo para llevarse, después, una gran desilusión. A mi dolido amiga sueca le replico que ellos tienen también una imagen deformada de los latinos y le recuerdo la anécdota de Pedro de la Barra, que era físicamente un chileno moreno, feo, pero tincudo, que solía relatar que la única vez que él supo lo que era ser bello, fue cuando estuvo en Suecia, en que las mujeres lo miraban y lo admiraban, porque dentro de la imagen sueca de la belleza varonil estaban los rasgos morenos y gruesos de los latinos, a quienes suponían, de inmediato, características de "latin lover".

Un mejicano que oye nuestra conversación, tercia en ella para decirnos que él se siente afectado también por la imagen generalizada que existe del mejicano. "Soy

—nos dice— un hombre acostumbrado a trabajar exhaustivamente, metódico y ordenado. Gracias a esas cualidades, que no son excepcionales en mi país, he llegado a conseguir posiciones importantes. Pero creo que me ha costado más que a otros de distinta nacionalidad. Basta que se sepa que soy mejicano, para presuponer que soy un dormilón, que acostumbro a una siesta de cuatro horas y no ha faltado un europeo flemático y distante que se haya opuesto a una postulación de trabajo mía, "porque los mejicanos duermen todo el día y se divierten en la noche".

Mientras mi amiga sueca y mi amigo mejicano siguen lamentándose de las torcidas imágenes que proyectan sus respectivas nacionalidades, recuerdo una comedia que hace mucho tiempo le vi a Américo Vargas. Allí, el actor representaba a un profesor de francés, correcto y tímido, que hacía clase particulares a una señora empeñada en dar celos a su marido con su profesor. Cuando éste no reacciona a sus requerimientos amorosos y la dama le increpa su pasividad, siendo como él es, un francés, Américo Vargas responde con marcado acento galo: "¡Ah, mi señora, nosotros los franceses somos víctimas de la propaganda".

A los pocos días de esta conversación, me encontré con un argentino. En medio de la charla salió a relucir esto de las imágenes que proyectaban las nacionalidades y le conté la experiencia que recientemente había tenido. Mi interlocutor reaccionó vivamente:

—¡Pero ché! Tenés razón... eso de las imágenes son pavadas... Mirá... a los argentinos se nos trata de engrupidos, de farsantes, suficientes... todo porque tenemos cosas buenas... de las mejores que hay en América y Europa... pero, a pesar de eso, somos gente sencilla, somos...

Bueno, después de todo, no siempre las imágenes que proyectan las nacionalidades son injustificadas.

PARTIQUINO

LA SEGUNDA